

O Espírito Santo e sua ação na pessoa, na Igreja e no mundo

Representa una cierta novedad y una alegría, el hecho de que una revista teológica dedique un número monográfico a la Pneumatología. No voy a presentar aquí una Pneumaología, sino recuperar algunos aspectos olvidados de la Pnuematología

Un olvido secular

A pesar de que el Espíritu constituye nuestra experiencia cotidiana de la relación con Dios (por el Espíritu llegamos a Jesús y por Jesús al Padre) y aunque la Iglesia nunca ha dejado de invocar al Espíritu Santo en el Gloria y en el Credo, ha habido en la Iglesia latina un cierto olvido, un ocultamiento y kénosis del Espíritu.

No es el ocultamiento y la kénosis trinitaria del Espíritu fruto de la inaprehensibilidad de Dios y de su incomprensible y amoroso Misterio fundante, sino que se trata un olvido histórico, teológico y pastoral de la Iglesia latina, con riesgo de caer en un cierto cristomonismo, como nos acusan teólogos de la Iglesia ortodoxa. El Espíritu, teológica y pastoralmente, siempre queda relegado al tercer lugar, es como un apéndice, al final de las oraciones. Se ha dicho que es como la Cenicienta teológica y trinitaria.

La teología latina se ha centrado casi exclusivamente en Dios, Cristo e Iglesia. El Espíritu en la teología al uso parece reducirse a la Denzinger Theologie: a las afirmaciones del Concilio de Constantinopla sobre la divinidad del Espíritu (380) y a las lamentables disputas medievales bizantinas sobre el Filioque con la consiguiente ruptura con la Iglesia ortodoxa, separación que todavía provocó en Occidente un mayor olvido del Espíritu o lo hizo depender solo de la jerarquía eclesiástica. Se llegó a afirmar que negar la primacía papal, es consecuencia de negar el Filioque.

Muchas veces las atribuciones del Espíritu (la mediación hacia Cristo, la salvación, fuente de gracia y de perdón de los pecados...) han quedado

substituidas por María y por la Iglesia, sobre todo jerárquica. A veces parece que repetimos la exclamación de los discípulos de Pablo en Corinto: “Nosotros no hemos oído siquiera que exista el Espíritu Santo” (Hch 19,2).

Afortunadamente las secuencias litúrgicas medievales se acercan al Espíritu no desde la razón metafísica o dogmática, sino desde la plegaria e invocan al Espíritu no solo como dulce huésped del alma, sino como Espíritu creador y padre de los pobres. También se elaboró la doctrina de los siete los dones del Espíritu siguiendo la profecía de Isaías (Is 11,1-2) aunque no se desarrollaron otras dimensiones del Espíritu mesiánico que se describen a continuación en el texto de Isaías (Is 11,3-9): Espíritu de justicia con los humildes y pobres, Espíritu de reconciliación cósmica y escatológica, cuando habitarán el lobo y el cordero y el niño jugará con la serpiente.

Consecuencias negativas de la marginación del Espíritu

Esta marginación del Espíritu ha tenido consecuencias muy negativas en la Iglesia latina: lejanía de Dios y marginación de Cristo al pasado, reducción de la Iglesia a lo institucional, doctrinal, moral y ritual, la misión se convierte en propaganda y proselitismo, un gran silencio sobre las dimensiones más espirituales, proféticas y carismáticas de la Iglesia, aumento del clericalismo y del poder patriarcal, etc. A mayor olvido del Espíritu, crece más el poder institucional, jerárquico y mundano de la Iglesia.

Podemos preguntarnos si gran parte del vacío que se experimenta hoy en muchos sectores eclesiales sobre todo entre jóvenes y mujeres, si la indiferencia, asfixia espiritual, agnosticismo, falta de esperanza, creciente desafección y rechazo eclesial, no se deberá en gran parte a esta ausencia del Espíritu en la experiencia, formación y vida cristiana eclesial.

Recuperación del Espíritu por el Vaticano II

Ha sido muy importante la recuperación del Espíritu desde el Vaticano II (LG 4; GS 4;11;44, AG 4), en parte debido a la presencia y aportes de teólogos y obispos ortodoxos.

Es importante recuperar el Espíritu como Señor y dador de vida (según el Concilio de Constantinopla), como aliento, viento, fuerza e impulso divino que desde la creación a la escatología sostiene amorosamente al Pueblo de Dios, la humanidad y la creación. Sus símbolos son plurales y cósmicos: aire, aliento, respiración, viento, gemido, agua, fuego, luz, perfume, vino, ave materna que se cierne sobre el nido, paloma que simboliza inocencia y paz. Son símbolos apofáticos que quieren de forma diversa, plural y analógica, expresar una realidad misteriosa, divina e inefable, ligada a la vida, al dinamismo, a la fuerza, al amor cálido, a la alegría y a la esperanza. La misma palabra “Espíritu” es un símbolo analógico de Alguien innumerable que nos trasciende y sin embargo nos inunda y abraza amorosamente, con el que nos relacionamos en la vida de cada día.

Es el Espíritu que habló por los profetas y que hace pasar de la muerte a la vida (Ez 37). Según la clásica formulación de Ireneo de Lyon, la mano del Espíritu, junto con la mano del Hijo, son las dos manos que llevan adelante el proyecto amoroso del Padre.

La cristología no puede reducirse a una jesusología, ha de ser una cristología pneumática, desde la encarnación gestada por obra del Espíritu, hasta la resurrección de Jesús por obra del Espíritu, pasando por la unción del Espíritu en el bautismo del Jordán, por la presencia del Espíritu, “el dedo de Dios”, en su vida pública, el Espíritu prometido a los discípulos como abogado, luz y fuerza, el Espíritu que acompañó y sostuvo a Jesús hasta la cruz y le resucitó de entre los muertos y en Pascua derramó sobre sus discípulos. La misión de Jesús sigue adelante gracias a la comunidad apostólica y de discípulos y discípulas que en Pentecostés reciben la fuerza del fuego y viento del Espíritu.

Por esto la Iglesia se sitúa en el tercer artículo del credo, toda la Iglesia está bajo la órbita vital del Espíritu, la vida cristiana es la vida en el Espíritu, Jesús es el precursor del Espíritu, el Espíritu precede a todo acto espiritual, epiclético, sacramental y misionero de la Iglesia, el Espíritu es el dador de dones y carismas, de santidad y sabiduría, la Iglesia es una comunidad pentecostal, un Pentecostés permanente. En realidad, no creemos en la

Iglesia, sino en el Espíritu que actúa y está presente en la Iglesia hasta la escatología.

Pero el Espíritu no queda encerrado en los límites de la Iglesia católica, ni de las Iglesias cristianas, todas ellas animadas por su soplo vivificante.

Toda la humanidad, las culturas y las religiones, la historia y toda la creación están sostenidas por la fuerza del Espíritu, bajo cuyo soplo nace la vida y la esperanza, aun en medio de dolores de parto. El Espíritu es el agente principal del Reino, siempre creador de novedad, siempre desconcertante, vivo y presente en personas, comunidades y movimientos espirituales, eclesiales, ecuménicos, sociales, feministas, indigenistas, ecológicos, pacifistas, de defensa de derechos y humanos, de diálogo intercultural e inter-religioso, etc.

El Espíritu llegó a las diferentes culturas y religiones antes que los misioneros cristianos, que siempre llegaron tarde y muchas veces creyeron que era del Maligno lo que era fruto del Espíritu que llena el universo.

Apertura trinitaria

Pero no podemos dejar de abrirnos a la dimensión Trinitaria del Espíritu que con el Padre y el Hijo constituyen el misterio fontal comunitario de nuestra fe, la fe en el Espíritu forma parte esencial de la fe tradicional de la Iglesia y de su formulación en el credo niceno- constantinopolitano.

Aunque sea de forma un poco rápida y con terminología siempre pobre e inadecuada, digamos que hoy día hay teólogos ortodoxos y católicos que postulan complementar el controvertido Filioque occidental latino (el Espíritu procede del Padre y del Hijo) con el Spirituque (el Hijo es engendrado por el Padre y el Espíritu), de modo que el Espíritu no es solo el lazo amoroso que une al Padre y al Hijo, sino el amor con el que el Padre engendra al Hijo y el Hijo ama al Padre. Esta afirmación de la Trinidad inmanente expresaría el misterio histórico de la Trinidad económica de que Jesús nace por obra del Espíritu y es resucitado por el Espíritu.

Recuperación del Espíritu desde América Latina y el Caribe

En América Latina y el Caribe, desde el Vaticano II, que fue recibido creativamente en Medellín 1968, ha habido una excepcional irrupción pentecostal del Espíritu: opción por los pobres, comunidades eclesiales de base, obispos verdaderos Santos Padres de la Iglesia de los pobres, teologías liberadoras, vida religiosa inserta en sectores populares pobres, defensa de las mujeres, de indígenas, defensa la Amazonía y de la tierra, santidad y martirio de cristianos asesinados por defender la justicia, etc.

Desde América Latina surge la experiencia y la convicción teológica de que el Espíritu del Señor tiene connotaciones femeninas pues engendra vida y actúa desde abajo, desde los márgenes, desde los pobres, en continuidad con la *ruaj* femenina del origen de la creación que aletea y engendra vida desde el caos original (*toho waboho*); el Espíritu da fertilidad a mujeres estériles y a una virgen, resucita muertos y va transfigurando la tierra en dolores de parto en unos nuevos cielos y una nueva tierra.

Dos convicciones nacen de la Pneumartología latinoamericana, que el Espíritu es “el Diosito que nos acompaña siempre” y que el Espíritu actúa siempre desde abajo, desde los pobres.

Necesidad de discernimiento

Siempre ha habido ambiguas afirmaciones sobre el Espíritu, como las de Joaquín de Fiore. También hoy han surgido en América Latina y en el mundo, movimientos de renovación carismática y pentecostal, mesianismos políticos que necesitan discernimiento.

Es necesario un discernimiento pues no toda invocación del Espíritu es auténtica. Volviendo a la imagen de Ireneo sobre las dos manos del Padre, la mano del Espíritu siempre se ha de discernir mirando la mano de Jesús de Nazaret y su estilo de vida: amor fraterno, libertad, justicia, perdón predilección por los pobres, confianza en el Padre, oración, esperanza, sin odio ni violencia, ni marginación. Un espíritu exclusivamente individualista, intimista y oceánico no es el Espíritu del Señor; tampoco lo es un espíritu que lleve a un mesianismo puramente terreno y político, al servicio de una

minoría que excluye con violencia a las grandes masas de la humanidad, a los indígenas, a las mujeres, a los diferentes y a la madre tierra. Este no es el Espíritu del Señor.

Magisterio postconciliar

Juan XXIII deseaba que el concilio Vaticano II fuera un nuevo Pentecostés para la Iglesia. Después del Concilio; Pablo VI pidió una profundización pneumatológica que completase la cristología y eclesiología conciliar; Juan Pablo II escribió la encíclica *Dominum et vivificantem* sobre el Espíritu.

El Papa Francisco, más allá de las referencias explícitas al Espíritu en sus cartas y exhortaciones apostólicas, sostiene continuamente una fe en el Espíritu y una Pneumatología más pastoral que sistemática, porque la realidad es más importante que la idea.

El Espíritu fundamenta la dimensión profética del magisterio tanto oral como vivencial y simbólico de Francisco, que le lanza a proclamar la fraternidad universal, la exigencia de cuidar nuestra casa común, le mueve a criticar el clericalismo eclesial y la mundanización de Iglesia y la falta de vivir lo esencial.

Forma parte de su profetismo eclesial y pastoral el considerar a los marginados, pobres, mujeres, ancianos, niños, refugiados y toda clase de excluidos como un lugar teológico privilegiado desde donde se capta la voz del Espíritu

Esta voz del Espíritu ha conducido a Francisco a proponer la sinodalidad, como el estilo de vida eclesial para este siglo. Sínodo significa un camino conjunto de todo el Pueblo de Dios en escucha y diálogo con otras Iglesias, religiones, culturas y toda la humanidad.

Una Iglesia sinodal es fruto del Espíritu que renueva la faz de la tierra hacia el Reino y rompe todo clericalismo, todo patriarcalismo, exclusivismo y elitismo económico, político, cultural, eclesial y espiritual. Todos somos hermanos y hermanas, todos hemos de cuidar nuestra casa común, el Espíritu es Espíritu de unidad en la diversidad, de comunión y de armonía, de

esperanza y de paz. El Espíritu desborda toda precisión y límite, es fuente de novedad y de vida. Nunca está en huelga.

En estos tiempos de post-pandemia, de una guerra que comienza a ser mundial y con riesgo de desembocar en nuclear, cuando hay recesión económica y el cambio climático amenaza la vida del planeta, nuestra única esperanza reside en el Espíritu del Señor que siempre actúa desde abajo y que precisamente en los momentos de caos y *de profundis* de la historia, genera vida y renueva la faz de la tierra. No extingamos el Espíritu del Señor (2 Tes 5, 19).

Que la lectura de este número extraordinario de *Fronteiras* sobre Pneumatología ayude a recuperar la memoria del Espíritu.

Víctor Codina, sj

Universidad Católica Boliviana, Cochabamba -Bolivia

Sacerdote jesuita, nacido en España, y teólogo latinoamericano. Vive en Bolivia desde 1982, donde alternó la docencia de teología fundamental en la Universidad Católica de Bolivia en Cochabamba con la formación de laicos y pastoral popular. E-mail: victorcodinasj@gmail.com